

SEMINARIO TEOLÓGICO DE PUERTO RICO

PMN 343 – SANIDAD DIVINA

VALERIA C. NEGRÓN

15 DE FEBRERO DE 2023

DIARIO DE AFLICCIÓN

Esta historia nadie la iba a conocer. Principalmente por la vergüenza que arrastré por tantos años hasta hace muy poco, para ser honesta. Para un contexto completo y entendible debo comenzar desde la etapa de la niñez, el hogar, la cuna de proyección al mundo. De hecho, recientemente, un locutor, analista, pensador y político muy conocido en Puerto Rico dió a conocer la horrible niñez que enfrentó debido a padres abusivos extremadamente. Para muchos era una sorpresa, para otros era la confirmación de sus hipótesis. Pues esto explicaba su actitud retante y agresiva al exponer por diversos medios informativos.

Nací el 14 de Junio de 2002 a las 10:00am, mi nombre fue otorgado días antes de mi madre dar a luz, pues ella y mi padre tenían una relación tóxica, como comúnmente esta palabra es empleada para malos tratos, verbales y físicos. Y desde el momento en que mi madre queda embarazada, mi padre estuvo muy ausente en todo este proceso de embarazo. Así que no estuvieron de acuerdo en ninguna de las opciones que pusieron sobre la mesa y finalmente, con la probabilidad de nacer en cualquier momento, mi padre decide que mi primer nombre sería *Valeria* y mi madre decide que mi segundo nombre sería *Cristina*. Fui la criatura más delgada que mi madre dio a luz, ya que las faltas de respeto, la irresponsabilidad e infidelidad por parte de mi padre produjo depresión severa, no descansaba correctamente, apenas comía y cuidaba de mi hermano mayor quien solo tenía cinco años para ese entonces. Al cabo de dos meses de haber llegado al mundo, mis progenitores dan por terminada su relación de doce años, y yo soy enviada a vivir con mis abuelos al Residencial Luis Llorens Torres, en el pueblo de San Juan. Mi madre queda en aquella casa enorme que ambos compraron cuando aun eran jóvenes en el pueblo de Hatillo al decidir establecer una familia, poco antes de mi padre ingresar al bajo mundo y envolverse en el mismo, criando a mi hermano y trabajando para ahorrar y reunirnos nuevamente.

Vivir con mis abuelos maternos fue lo mejor que me ha podido pasar. Fueron tiempos muy felices por lo que mi mente ha podido retener. Recuerdo jugar con ellos, aprender a limpiar desde muy niña, comer de manera muy variada, ver programas de televisión que quizás jóvenes de mi generación no vieron, escuchar sus anécdotas, y demás. Verdaderamente agradezco a Dios por ellos, por darles sabiduría, fuerzas físicas y los recursos para correr un rol que no les correspondía. Ellos

me llevaban y me recogían a la escuela, me enseñaron a escribir mi nombre completo, me incluyeron en clubes recreativos y educativos, me preparaban para las actividades en las que participaba e incluso llegaron a defenderme del acoso escolar. Mis héroes, se los recuerdo a menudo.

El tiempo de estadía con mis abuelos comenzó siendo poco, y terminó siendo para toda la vida. Pues cuando mi madre logra vender la propiedad de Hatillo y adquirir una en Bayamón, quizás era tarde o no convenía un cambio para mí en ese momento. Ella junto a su pareja, que luego pasó a ser padre de mi hermana menor, intentaron crear un espacio acogedor para mí. Pero cada vez que compartía con ellos extrañaba a mis abuelos y finalmente esto produjo que me quedara a vivir con ellos hasta la fecha. De igual manera por parte de mi padre, la ley había estipulado que dos fines de semana al mes compartiría con él y el resto de la familia paterna, pero mi hogar era el calor de mis abuelos. Recuerdo llorar, extrañarlos aunque pronto les vería, supongo que había una costumbre de por medio. De igual forma, mi abuela paterna tuvo mucha presencia en estos años, pues realmente podía llegar los días de compartir con mi papá pero esto equivalía, mayormente, a quedarme largas horas con mi abuela en el hogar de ancianos que manejaba, mientras mi padre laboraba. Recuerdo escuchar las historias de los *viejos* (como de cariño le decíamos), jugar con ellos, comer junto a ellos y ser ese nieto que por años no veían o ese hijo que extrañaban pero les había abandonado. Fueron buenos años, no me quejo, quizás otros niños los vivieron entre seres de su edad, jugando con juguetes y talvés una familia más unida. Pero Dios, solo él, se encargó de llenar cada necesidad característica de esa etapa. No me faltó nada.

Mi padre conoció a Jesús, esto cambió el rumbo de la vida que llevaba. Ya no pertenecía al colegio que quedaba a una cuadra de mi casa (cabe recalcar que era la casa de mis abuelos) ahora era parte de un colegio adventista, ligado a la denominación que mi padre había elegido pertenecer. Participé en actividades religiosas y finalmente el templo de mi padre se convierte en el mío. En el mismo conocí una comunidad que me vio crecer, hice amistades que aún perduran, prediqué por primera vez, tomé la decisión de bautizarme y recuerdo como ayer, aprender a orar, recibir mi primera Biblia e ingresar a misiones y cadetes. Ahora bien, solicito de usted lector, mucha discreción y compasión con el suceso que cambió mi vida, con solo ocho años de edad.

En tercer grado de escuela elemental, llega una chica aparentemente tímida y solitaria. Los maestros ya sabían como era yo; conversadora, energética, sociable y con una iniciativa predominante. Así que me asignan adentrar a esta nueva estudiante en el grupo, que la pudiera ayudar a conocer donde almorzabamos, donde colocabamos nuestros bultos para los cambios de clases, el horario asignado, hacerla participe de las actividades anuales y en fin, encargarme de no dejarla sola o desapercibida. A los meses, esta chica se convierte en mi amiga, visito su iglesia y ella la mía, nuestras familias se conocen y para la sorpresa de ambas, eran amigos desde la juventud.

Hubo un día, bastó solo un día para que la inocencia fuese echada a la basura. Pues la estudiante de nuevo ingreso, que para este momento era mi amiga, conocía algo que yo no. Como si fuese algo legítimo, permitido o bueno solicitó por mi parte llevar a cabo prácticas sexuales. Por mucho tiempo participé junto a ella de actos inmorales. Que tiraban por suelo la inocencia de la niñez, los valores que nuestra congregación sembraba encuentro tras encuentro y nos adentraron a una adicción creciente. Hacía la pornografía, promiscuidad y homosexualidad. Como resultado del pecado, nuestra amistad se vió afectada, la chica tímida ahora peleaba con otros compañeros del salón, incluso con maestros. Para las actividades había rivalidad por el liderazgo, era palpable la división del grupo y pasamos largas horas en la oficina del principal. Quizás si acudía a mis padres hubiesen pensado que eran tonterías de niños. Chismes o dramas comunes en esta edad. Pero hasta este momento, con lo que hemos dialogado, es un tema serio? O no?

Al pasar a escuela intermedia, la enemistad culmina pero realmente era que cada cual tomó caminos relacionados a gustos y preferencias. Ella se especializaba en deportes, yo más bien en música y comunicaciones. Al graduarnos y pasar a escuela superior, esta chica queda embarazada tristemente. Para mi sorpresa, su familia y amigos de ese entonces acuden a mí para compartir la situación y ver que yo podía lograr, tal y como pasó al ella llegar como estudiante de nuevo ingreso cuando eramos niñas. Solo teníamos quince años, fue un año duro. Se sumaban las experiencias que robaban el gozo y deleite de crecer y formación. Su familia planifica un aborto por medio de pastillas y esa chica no vuelve a ser igual. Yo intentaba acercarme, hacer lo mejor que pudiese, pero me era imposible. No había una relación firme o sana que facilitara este proceso. La herida se hacía más amplia y profunda. Podía sentir el dolor desde mi posición. No asistía a la iglesia y menos al colegio.

Dos años luego, a punto de comenzar el último año de escuela superior, atravieso la traición de un amigo, que a su vez, compartía amigos en común conmigo, incluyendo mi pretendiente. Borró todo tipo de mensajes o llamadas que pudieron haberlo desmentido y todo por un interés hacía mí no correspondido. Mi familia sintió vergüenza y la soledad se apodera de mi entorno nuevamente, recuerdo llorar sobre el regazo de mis abuelos hasta pedirles medicamentos para conciliar el sueño. Pensamientos como “Dios no me ama”, “Dios me dá miedo”, “No conozco a Dios”, “Me ha dejado sola desde que nací”, “¿Porqué nada ha sido normal?”, “¿Porqué solo conozco el dolor y el abandono?” inundaban mi mente. Hasta que me cansé y sin interés ninguno recuerdo decirle a Dios, “haz lo que quieras, ya no importa, pero por favor arranca el dolor y déjame dormir”. Así fue, poco a poco se sentía menos el pecho cargado, el deseo de llorar donde sea que estuviese y la hora que fuese, retomar mis estudios y descansar un poco más. Pero como un hubo un día gris y lluvioso, hubo otro soleado, como estos de ir a la playa.

En una semana de oración, apenas podía concentrarme en las palabras del exponente o predicador invitado, así que me levanté de mi asiento y fui a un área designada como *War Room*, como la película cristiana. Este espacio había sido separado para orar, escribir peticiones o leer versículos escritos en las paredes y el suelo. Tomo una almohada y me siento sobre la misma. No recordaba la última vez que había dialogado con Dios, pero sentía la paz en la invitación para hacerlo. Como si de una película se tratara, al cerrar mis ojos comienzo a repasar mi vida en esos momentos. Tal y como lo he hecho contigo, querido lector. Lagrimas brotan de mis ojos, y siento la presencia de alguien que se sienta a mi lado. Mis ojos permanecen cerrados pero Dios me deja saber que era ella. KamyL, la chica de la que hemos hablado todo este rato. Al abrir mis ojos, ella llora también y por alguna razón esto me conmueve, quizás porque independientemente de todo yo conocía su historia y podía sentir su dolor. No era muy diferente al mío. Procedo a abrazarla y orar junto a ella, pero me detiene con la siguiente frase, “Perdóname por lo que ocurrió en tercer grado”. No sabía cuanto necesitaba escucharlo hasta ese segundo. Comienzo a llorar desconsoladamente, cuando ya pensaba que el encuentro no se trataba de mí, Dios quería liberarme. Ese día de Octubre lo mantengo fresco. Conocí que KamyL, había sido víctima de abuso sexual por parte de su hermana mayor y una prima que yo conocía también. Conocí de sus traumas y depresión post-aborto y las innumerables agresiones por falta de su madre. Ese día siempre lo recordaré porque Dios me perdonó a mí, me otorgo un nuevo comienzo y también me llevó a perdonarla, amarla y acompañarla. Acepté y abracé mi historia, porque Dios se había glorificado en ella y lo continuaría haciendo. Perdoné a mis padres, hice las pases con ellos. Conocí sus historias de crianza y formación, entendí que ellos no tuvieron más opción de ser padres sin haber tenido unos, y Dios mismo llenando ese tanque de amor, los amé con todo mi corazón y mi mente. Decidí que el pasado no me definiría, no me colocaría nombres ni me categorizaría. Entendí que el homosexualismo es un pecado con PERDÓN, tal y como lo son otros. Porque mayor que nuestras faltas, es el amor y la gracia de Dios, y eso no dependía de mí, ni de nadie que conoce los zapatos que calcé.

Con solo diesiocho años de edad, estaba lista para compartir mi historia. Dios me llama a la misión de basar mis estudios en la teología y me brinda el sueño de pastorear, evangelizar, conferenciar, aconsejar y enseñar sobre la promiscuidad, la sexualidad temprana o desconocida. Sobre los componentes cerebrales, por ejemplo, donde se almacena lo que vemos, escuchamos, experimentamos y como afecta nuestra presencia y aportación a la sociedad. Incluso, como la neurociencia y psicología son exponentes de la verdad absoluta, que es Cristo, y no un fenómeno aparte o creado por hallazgos del hombre.

La vida no ha sido más “fácil” o “llevadera” luego de ese día en Octubre. Han surgido nuevos retos, nuevos miedos y nuevas tentaciones o oportunidades “para caer”. Hay días de desánimo,

muchas tristezas y el pasado sabe un tanto amargo. Pero Dios no deja de derramar su gracia sobre mí. No le molesta acordarme de donde me sacó y hacía donde me lleva. Me ha mostrado su amor através de mi prometido que es un regalo inmerecido, por medio de la congregación a la que me uní en medio de la pandemia por Covid-19, gracias a la institución academica de la que soy parte y mis amigos y compañeros mas íntimos.

Incluso, gracias al reciente 7 de Junio de 2020, que por poco soy la cara del periódico y noticia nacional al casi morir ahogada en la playa. Quizás en otra ocasión pueda compartirlo a profundidad. Pero en resumidas cuentas; en medio del mar abierto, sin voz de tanto gritar y con brazos y piernas cortadas Dios lanza una ola en dirección contraria a la corriente, me posiciona tras unas rocas y allí me salvan tres hombres cuando en realidad no había más que dos amigas junto a mí que no paraban de lamentarse por haber permitido que yo entrara en las condiciones del océano esa tarde.

Dios me ama, soy importante para él y su obra no ha llegado a su fin. A veces me enoja de pensarlo y hacer una introspección que me haga identificar que no he hecho nada suficiente para igualar o al menos tocar la bondad y amor de Dios. Mi vida, me ha llevado a no sorprenderme cuando escucho relatos un tanto atemorizantes, me ha permitido afinar mi oído para cuando alguien desea abrir su corazón, me ha otorgado saborear como ama y perdona Dios. No seremos iguales, y no hay nada de que preocuparse por eso. Pero a diferencia de Valeria a los ocho, quince o diecisiete años, hoy sé que es desmedida y sacrificadamente.